

—Nada más justo —dijo—, si, como dejamos sentado<sup>88</sup>, todo ha de ser igual y común entre ellas y los hombres.

*d* —¿Y qué? —dije—. ¿Reconocéis que no son vanas quimeras lo que hemos dicho sobre la ciudad y su gobierno, sino cosas que, aunque difíciles, son en cierto modo realizables, pero no de ninguna otra manera que como se ha expuesto, es decir, cuando haya en la ciudad uno y varios<sup>89</sup> gobernantes que, siendo verdaderos filósofos, desprecien las honras de ahora, por considerarlas innobles e indignas del menor aprecio, y tengan, por el contrario, en la mayor estima lo recto, con las honras que de ello dimanar, y, por ser la cosa más grande y necesaria, lo justo, a lo cual servirán y lo cual fomentarán cuando se pongan a organizar su ciudad?

—¿Cómo? —dijo.

—Enviarán al campo —dije— a todos cuantos mayores de diez años haya en la ciudad y se harán cargo de  
541 los hijos de éstos, sustrayéndolos a las costumbres actuales<sup>a</sup> y practicadas también por los padres de ellos, para educarlos de acuerdo con sus propias costumbres y leyes, que serán las que antes hemos descrito. ¿No es este el procedimiento más rápido y simple para establecer el sistema que exponíamos de modo que, siendo feliz el Estado, sea también causa de los más grandes beneficios para el pueblo en el cual se dé?

*b* —Sí, y con mucho —dijo—. Me parece, Sócrates, que has hablado muy bien de cómo se realizará, si es que alguna vez llega a realizarse.

—¿Y no hemos dicho ya —pregunté yo— demasiadas palabras acerca de esta comunidad y del hombre similar a ella? Pues también está claro, según yo creo, cómo diremos que debe ser ese hombre.

—Está claro —dijo—. Y con respecto a lo que preguntas, me parece que esto se ha terminado.

<sup>88</sup> 451 c.

<sup>89</sup> Platón no se decide entre la monarquía y la aristocracia como formas de gobierno de su ciudad ideal; cf. 445 d.

Hist Ideas políticas.  
Platón la República  
per Sem derecho.  
Nocturno.

I. —Muy bien. Hemos convenido, ¡oh, Glaucón!,<sup>543</sup> en lo siguiente. En la ciudad que aspire al más excelente sistema de gobierno deben ser comunes las mujeres, comunes los hijos y la educación entera e igualmente comunes las ocupaciones de la paz y la guerra; y serán reyes<sup>1</sup> los que, tanto en la filosofía como en lo tocante a la milicia, resulten ser los mejores de entre ellos.

—Convenido —dijo.

—También reconocimos<sup>2</sup> esta otra cosa: que, una vez *b* hayan sido designados los gobernantes, se llevarán a los guerreros para asentarles en viviendas como las antes descritas, que no tengan nada exclusivo para nadie, sino sean comunes para todos. Y además de estas viviendas, dejamos arreglada, si lo recuerdas, la cuestión de qué clase de bienes poseerán.

—Sí que me acuerdo —dijo— de que consideramos necesario que nadie poseyera nada de lo que poseen

<sup>1</sup> Esta es la primera ocasión en que Platón llama «reyes» a los gobernantes de su ciudad.

<sup>2</sup> 415 d.

ahora los otros<sup>3</sup>, sino, en su calidad de atletas de guerra<sup>4</sup> y guardianes, recibirían anualmente de los demás, como salario por su guarda, la alimentación necesaria para ello<sup>5</sup> estando, en cambio, obligados a cuidarse tanto de sí mismos como del resto de la ciudad<sup>6</sup>.

—Dices bien —respondí—. Pero, ¡jea!, ya que hemos terminado con esto, acordémonos de dónde estábamos cuando nos desviamos hacia acá para que podamos seguir de nuevo por el mismo camino.

—No es difícil —dijo—. En efecto, empleabas<sup>7</sup>, como si ya hubieses expuesto todo lo referente a la ciudad, poco más o menos los mismos términos que ahora<sup>8</sup>, diciendo que considerabas como buenos a la ciudad tal como la que entonces habías descrito y al hombre semejante a ella, y eso que, según parece, podías hablar de otra ciudad y otro hombre todavía más hermosos. En todo caso, decías que, si ésta era buena, las demás habían de ser por fuerza deficientes. Y, en cuanto a las restantes formas de gobierno, afirmabas<sup>9</sup>, según recuerdo, que existían cuatro especies de ellas y que valía la pena que las tomáramos en cuenta y contempláramos en sus defectos, así como a los hombres semejantes a cada una de ellas, para que, habiendo visto a todos éstos y convenido en cuál es el mejor y cuál el peor de ellos, investigáramos si el mejor es el más feliz y el peor el más desgraciado o si es otra cosa lo que ocurre<sup>10</sup>. Y

<sup>3</sup> Es decir, los demás humanos.

<sup>4</sup> Cf. 521 d.

<sup>5</sup> Hemos respetado intencionadamente la anfibología del original: hay que entender algo así como «para ser guardianes y soldados».

<sup>6</sup> Cf. 416 e.

<sup>7</sup> 449 a.

<sup>8</sup> 541 b.

<sup>9</sup> 445 c.

<sup>10</sup> Terminada la descripción del filósofo y la ciudad filosófica, Platón va a examinar las constituciones imperfectas para ver si el mejor de los hombres es el más feliz o si ocurre lo contrario. No parece que el filósofo haya pretendido estudiar la evolución histórica de las formas de gobierno, sino el orden teórico en que, naciendo unas de otras, pueden terminar por producir el tipo de hombre y de régimen más injusto. De todos modos, un orden semejante de circunstancias puede muy bien

cuando te preguntaba yo<sup>11</sup> que cuáles son esos cuatro gobiernos de que hablabas, en esto te interrumpieron Polemarco y Adimanto y entonces tomaste tú la palabra en una digresión que te ha llevado hasta aquí.

—Me lo has recordado —dije— con gran exactitud.

—Pues ahora permite, como si fueras un luchador, que te vuelva a coger en la misma presa y, cuando yo te pregunte lo mismo, intenta decir lo que antes ibas a contestar<sup>12</sup>.

—Si puedo —dije.

—Pues bien —dijo—, por mi parte estoy deseando oír cuáles son los cuatro gobiernos de que hablabas.

—Nada cuesta decírtelo —respondí—, pues aquellos de que hablo son los que tienen también su nombre: el tan ensalzado por el vulgo, ése de los cretenses y lacedemonio<sup>13</sup>; el segundo en orden y segundo también en cuanto a popularidad, la llamada oligarquía, régimen lleno de innumerables vicios; sigue a éste su contrario, la democracia, y luego la gloriosa<sup>14</sup> tiranía, que aventaja a todos los demás en calidad de cuarta y última enfermedad del Estado. ¿O conoces alguna otra forma de gobierno que deba ser situada en una especie claramente distinta de éstas? Porque las dinastías<sup>15</sup> y reinos venales y otros

haberse dado en la historia: sobre todo, la sucesión oligarquía-democracia-tiranía es algo tan conocido que no necesita de ejemplos.

<sup>11</sup> 449 a.

<sup>12</sup> Según los escolios, cuando los dos luchadores caían juntos al suelo, debían colocarse, una vez levantados, en la misma posición exactamente en que antes se hallaban.

<sup>13</sup> La constitución espartana gozaba de gran reputación entre los helenos (cf. *Hipp. mái.* 283 e, 285 b; *Leg.* 692 c; Jenof. *Const. Lac. passim*; *Mem.* III 5, 15 y sigs.; IV 4, 15 y sigs.; Isócr. XIII 108 y sigs., 200 y sigs., 216 y sig.), y más que nunca en aquella época, en que Esparta había triunfado brillantemente en la guerra del Peloponeso. En «ése» se ha creído ver una alusión a supuestas simpatías de Glaucón hacia el régimen lacedemonio (cf. 548 d).

<sup>14</sup> El pasaje es irónico. Sobre la tiranía como mal del Estado, cf. Isócr. X 34.

<sup>15</sup> La «dinastía» es una monarquía hereditaria «en que no manda la ley, sino los gobernantes», según Aristót. *Pol.* 1292 b 5-7. Cf. los ejemplos de Tesalia (Tucid. IV 78, 3), Tebas (III 62, 3), etc. La monarquía venal se daba en Cartago (Aristót. *Pol.* 1273 a 21 y sigs.).

gobiernos semejantes no son, según creo, más que formas intermedias entre unas y otras como las que pueden hallarse en no menor cantidad entre los bárbaros que entre los griegos.

—Sí, son muchas y extrañas las que se mencionan —dijo.

II. —¿Y sabes —dije yo— que es forzoso que existan también tantas especies de caracteres humanos como formas de gobierno? ¿O crees que los gobiernos nacen acaso de alguna encina o de alguna piedra <sup>16</sup> y no de los caracteres que se dan en las ciudades, los cuales, al inclinarse, por así decirlo, en una dirección arrastran tras de sí a todo lo demás?

—No creo en modo alguno —dijo— que vengan de otra parte sino de ahí.

—Entonces, si en las ciudades son cinco, también serán cinco los modos en que estén dispuestas las almas individuales.

—¿Cómo no?

—Ya hemos descrito al hombre correspondiente a la aristocracia, del que decimos con razón <sup>17</sup> que es bueno y justo.

—Ya lo hemos descrito.

<sup>545</sup> —Después de esto, ¿no tenemos acaso que pasar revista a los caracteres inferiores, ante todo al que, de acuerdo con el sistema establecido en Laconia, ansía victorias y honores, y luego al oligárquico y al democrático y por último al tiránico, para que, después de haber visto quién es el más injusto, podamos contraponerle al más justo completando así nuestra investigación acerca de la relación en que se hallan la justicia pura y la injusticia pura en cuanto a la felicidad o infelicidad de quien

<sup>16</sup> Homero, *Od.* XIX 163 (cf. *Apol.* 34 d); una expresión similar, en *Il.* XXII 126 (cf. *Hes. Theog.* 35).

<sup>17</sup> Con razón decimos que es bueno, porque es igual al régimen llamado «aristo-cracia». Esta expresión se aplica muchas veces a los juegos etimológicos de que tanto gustan los griegos; cf. uno semejante algo más abajo.

las posee y seguir luego a la injusticia o a la justicia según que obedezcamos a Trasímaco o a las razones que ahora se nos manifiestan?

—Perfectamente —dijo—; tal debemos hacer.

—Y del mismo modo que comenzamos <sup>18</sup> por estudiar los caracteres en los gobiernos antes que en los particulares, porque así estaba más claro, ¿acaso no debemos también ahora comenzar igualmente por el estudio del gobierno basado en la ambición, al cual, como no conozco ningún otro nombre con que se le designe, habrá que llamarle timocracia o timarquía? ¿Estudiaremos, comparándolo con ella, al hombre que se le asemeje, pasaremos luego a la oligarquía y al hombre oligárquico, dirigiremos después nuestras miradas a la democracia para contemplar al hombre democrático y, una vez hayamos visitado y visto en cuarto lugar la ciudad tiranizada, en la que se presentará a su vez ante nuestros ojos el alma tiránica, intentaremos comportarnos como jueces competentes en la cuestión que nos hemos planteado?

—Sí —dijo—; así se harán de modo racional ese examen y juicio.

III. —¡Ea, pues! —dije yo—. Intentemos exponer cómo podrá nacer la timocracia de la aristocracia. ¿O no está claro el hecho de que ningún gobierno cambia sino cuando se produce una disensión en el seno mismo de aquella parte que ocupa los cargos, y, por muy pequeña que sea esta parte, es imposible que se produzca ningún movimiento mientras ella permanezca acorde? <sup>19</sup>

—Tal sucede, en efecto.

—¿Pues cómo —dije— podrá darse un movimiento <sup>20</sup> en nuestra ciudad, oh, Glaucón, y por dónde comenzarán a estar en desacuerdo los auxiliares con los gobernantes y los de cada una de estas clases con sus

<sup>18</sup> 368 e.

<sup>19</sup> En *Leg.* 683 e se dice que todo régimen muere por su propia culpa.

<sup>20</sup> El verso «moverse» es usado en sentido ominoso para designar una revolución o cambio político.

propios compañeros? ¿O quieres que, como Homero<sup>21</sup>, roguemos a las Musas que nos digan «cómo surgió en un principio» la discordia y que nos las imaginemos empleando, cual si hablaran seriamente, el lenguaje elevado de la tragedia cuando lo que hacen es jugar y divertirse con nosotros como con niños?<sup>22</sup>

—¿Cómo?

546 —Del modo siguiente. «Es difícil que haya movimien-  
a tos en una ciudad así constituida; pero, como todo lo que nace está sujeto a corrupción, tampoco ese sistema perdurará eternamente, sino que se destruirá. Y se destruirá de esta manera<sup>23</sup>: no sólo a las plantas que crecen

<sup>21</sup> II. XVI 112-113.

<sup>22</sup> Otro juego de palabras, *paldas-paizoúsas*, parecido al de 536 e-537 a; cf. nota *ad loc.*

<sup>23</sup> Nos hallamos, sin duda alguna, ante el pasaje más difícil y oscuro de *La república*. Muchos editores lo omiten haciendo notar que no es posible dar ninguna traducción ni interpretación del mismo; nosotros vamos a intentar presentar una explicación, basada esencialmente en Adam, aunque no nos hacemos grandes ilusiones acerca de su certidumbre. Ante todo demos las equivalencias, en lenguaje matemático moderno, de las confusas y enigmáticas frases con que intencionadamente se expresa Platón: «... otro número, que es la suma de los productos de tres, cuatro y cinco por sus cuadrados. Y, multiplicados tres por cuatro y por cinco y elevado el producto a la cuarta potencia, se obtiene otro número que puede ser considerado de dos maneras: 1.º, como cuadrado de un múltiplo de cien; 2.º, como número igual a cien cubos de tres multiplicados: a) o por cien cuadrados del número entero más cercano al valor de la diagonal de un cuadrado cuyo lado es cinco (es decir, por cien cuadrados de siete, número entero el más cercano a la raíz cuadrada de cincuenta), disminuido cada cuadrado en una unidad; b) o por cien cuadrados del valor de la diagonal de un cuadrado cuyo lado es cinco (es decir, por cien cuadrados de la raíz cuadrada de cincuenta), disminuido cada cuadrado en dos unidades. Las fórmulas correspondientes son: 1.º Del primer número:  $(3^2 \times 3) + (4^2 \times 4) + (5^2 \times 5) = 216$ . 2.º Del segundo número:  $(3 \times 4 \times 5)^4 = (36 \times 100)^2 = (7^2 - 1) \times 100 \times 3^3 \times 100 = [(\sqrt{50})^2 - 2] \times 100 \times 3^3 \times 100 = 12.960.000$ . En cuanto al significado de estos dos números, parece ser el siguiente. En todas las especies animales y vegetales hay un período de gestación fijado por la naturaleza. Por lo que respecta a los habitantes de nuestra ciudad, es misión de los vigilantes el calcular estos períodos de modo que el fin de ellos, es decir, el nacimiento, coincida con una ocasión oportuna y favorable. Ahora bien, llegará un momento en que, con toda la inteligencia y celo que puedan desplegar los gobernantes, no podrán

en la tierra, sino también a todos los seres vivos que se mueven sobre ella les sobreviene la fertilidad o esterilidad de almas y cuerpos cada vez que las revoluciones periódicas cierran las circunferencias de los ciclos de cada

evitar que la raza degenera. ¿Por qué razón? Porque, así como para las criaturas divinas (es decir, para el universo) existe un determinado período de gestación y creación, que Platón no nos da, también para las humanas hay determinados períodos que pueden expresarse en dos números: 1.º, el 216, que es el número mínimo de días necesarios para que un feto resulte viable (se tratará, pues, de un sietemesino). Este número es igual a  $3^3 + 4^3 + 5^3$ , esto es, a la suma de los cubos de los catetos y la hipotenusa del triángulo pitagórico. Al mismo tiempo es también el cubo de seis, número que, además de representar el área del citado

triángulo  $\left(\frac{3 \times 4}{2}\right)$ , es también el llamado número nupcial, por ser

producto del primer masculino (par) por el primer femenino (impar). Por otra parte,  $216 = 6 \times 36$ , y 36 es la suma de los ocho primeros números (la llamada *tetraktys* pitagórica). Más todavía: el embrión progresa con arreglo a una progresión armónica (Censorino, *De die natali* 9); en el primer período, *quod ex semine conceptum est... umor est lacteus*. En el segundo se forma la sangre. En el tercero, la carne. Y en el cuarto, el cuerpo queda enteramente constituido. Estos cuatro períodos duran

seis, ocho, nueve y doce días, respectivamente. Ahora bien,  $\frac{6}{8} = \frac{3}{4}$  expresa

la relación (unísono) que existe entre dos notas iguales;  $\frac{6}{6} = \frac{3}{3}$ , la

cuarta (*dià tessáron*);  $\frac{9}{6} = \frac{3}{2}$ , la quinta (*dià pénte*);  $\frac{12}{6} = 2$ , la oc-

tava (*dià pasón*). Por consiguiente, 35, suma de los cuatro numeradores, que son los cuatro períodos, es una *harmonía* que, repetida seis veces, da 210, al cual se une el número nupcial para formar 216. O, si se prefiere:  $35 + 1$  (la unidad es *he pánton arché*) da  $36 \times 6 = 216$ . Y, si a 216 se le añade 60, producto del número nupcial por 10, número perfecto (igual a la suma de sus divisores, excepto la unidad), obtenemos 276, el total de los días de un embarazo normal. 2.º Es el número  $12.960.000 = (3 \times 4 \times 5)^4$ ; es decir, que también aquí interviene el fundamental triángulo pitagórico. Para entender este número hay que recurrir al mito del *Político* (268 e-274 e). En la vida del mundo hay siempre dos ciclos sucesivos: uno, en que el mundo marcha, con ayuda de Dios, en un determinado sentido; tal ocurría en el reino de Crono, y en aquel ciclo prevalecía la *homoiótes*. Pero a este ciclo le sucede otro en que el mundo comienza espontáneamente a marchar en sentido inverso; tal ocurre en

especie, circunferencias que son cortas para los seres de vida breve y al contrario para sus contrarios. Ahora bien, por lo que toca a vuestra raza, aquellos a quienes educasteis para ser gobernantes de la ciudad no podrán, <sup>b</sup> por muy sabios que sean y por mucho que se valgan del razonamiento y los sentidos, acertar con los momentos

la actualidad, y en este ciclo predomina la *anomoioíotes*. Cada ciclo (el Gran Año de *Tim.* 39 *d*) se prolonga durante «varias miríadas de revoluciones (solares)». Ahora bien, en este segundo número platónico-hallamos que 12.960.000 es el producto de 360 (los días del año según *Leg.* 758 *b*) por 36.000, de lo cual deducimos que el año del mundo comprende 36.000 años solares, cifra que corresponde exactamente a la de los años de que, según Hiparco, consta una revolución entera de los puntos equinociales, modificados cada año en virtud de la llamada precesión (en realidad, los equinoccios coinciden cada 25.920 años según Newton). Pero no es esto todo. Como la duración ideal de la vida humana es de cien años (615 *a-b*), el hombre vive durante 36.000 días, es decir, un día por cada año del mundo. Así vemos cómo los dos números platónicos (no terminaríamos nunca si empezáramos a profundizar en las ideas numerológicas de la secta, de que no faltan ejemplos en este libro: la propia clasificación de los treinta y seis diálogos, a uno de los cuales sustituyan las trece cartas, en nueve tetralogías, debida al citado Trasilo, se basa en el resultado de la multiplicación del cuadrado de dos por el de tres) se relacionan estrechamente: el universo es un *magnus homo*, y el hombre, un *brevis mundus*. Por lo demás, el segundo número se presta a abundantes combinaciones: en primer lugar, es igual al cuadrado de 3.600, con lo cual resulta un número cuadrado, *hómoios* según la terminología pitagórica, y así simboliza el ciclo evolutivo de la *homoiótes*. Y no olvidemos que 3.600 es múltiplo de 360, total de los días del año; de 36, número lleno de virtudes, algunas de las cuales han sido expuestas más arriba, y de 10, número perfecto, junto con su cuadrado 100. Por otra parte, 12.960.000 «proporciona dos armonías», es número armónico, por ser igual a 360.000 armonías ( $360.000 \times 35$ ) más 360.000 veces la unidad, «principio de todo». Y también se puede descomponer de otra manera: en sus dos factores  $4.800 \times 2.700$ , formando así una armonía «equilátera en un sentido, pero oblonga», es decir, rectangular y sumamente adecuada para representar el ciclo regresivo de la *anomoioíotes*. De estos dos factores, el primero es igual al producto de 10 por la suma de los días de una «gestación larga» (270) y los de una «gestación breve» (210); y el segundo equivale también a  $270 \times 10$ . Así, pues, al parecer quiere indicar Platón que su ciudad ideal pudo haberse fundado en los primeros tiempos del ciclo de la *anomoioíotes*; al ir ésta aumentando, las uniones iban produciendo peores vástagos y los gobernantes tuvieron forzosamente que equivocarse y fracasar. Pues ¿qué otra cosa pudieron haber hecho? ¿Impedir todos los nacimientos y dejar que el mundo se extinguiera?

de fecundidad o esterilidad, sino que se les escapará la ocasión y engendrarán hijos cuando no deberían hacerlo. Pues para las criaturas divinas existe un período comprendido por un número perfecto; y para las humanas, otro número, que es el primero en que, habiendo recibido tres distancias y cuatro límites los incrementos dominantes y dominados de lo que iguala y desiguala y acrece y aminora, estos incrementos hacen aparecer todas las cosas como acordadas y racionales entre sí. De <sup>c</sup> aquello, la base epítrita, acoplada con la péntada y tres veces acrecida, proporciona dos armonías: la una, igual en todas sus partes, siendo éstas varias veces mayores que cien; y la otra, equilátera en un sentido, pero oblonga, comprende cien números de la diagonal racional de la péntada, disminuido cada uno en una unidad, o de la irracional, disminuidos en dos, y cien cubos de la tríada. He aquí el número geométrico que de tal modo impera todo él sobre los mejores o peores nacimientos; y cuando por ignorancia de esto, emparejen extemporáneamente vuestros guardianes a las novias con los novios, <sup>d</sup> sus hijos no se verán favorecidos ni por la naturaleza ni por la fortuna. De entre ellos los mejores serán designados por sus predecesores; pero, tan pronto como hayan ocupado a su vez los cargos de sus padres, comenzarán, como indignos que serán de ellos, por desatendernos ante todo a nosotras, a pesar de ser guardianes, y tener en menos estima de la debida a la música en primer lugar y luego a la gimnástica, como consecuencia de lo cual se apartarán de nosotras vuestros jóvenes. De resultas de ello serán designadas como gobernantes personas no muy aptas para ser guardianes ni para aquilatar <sup>e</sup> las razas hesiodeas que se darán entre vosotros <sup>547</sup>: la de oro, la de plata, la de bronce y la de hierro. Y, al mezclarse la férrea con la argétea y la broncea con la áurea, se producirá una cierta diversidad y desigualdad inarmónica, cosas todas que, cuando se producen, engendran siempre guerra y enemistad en el lugar en que

<sup>24</sup> Cf. nota a 415 *a*.

se produzcan. He aquí la raza<sup>25</sup> de la que hay que decir que nace la discordia dondequiera que se presente.»

—Y reconoceremos —dijo— que tienen razón en su respuesta.

—Nada más natural —dije—, puesto que son Musas.

—¿Y qué dicen las Musas después de esto? —preguntó.

b —Una vez producida la disensión —dije yo—, cada uno de los dos bandos tiró en distinta dirección: lo férreo y bronceo, hacia la crematística y posesión de tierras y casas, de oro y plata; en cambio, las otras dos razas, la áurea y la argéntea, que no eran pobres, sino ricas por naturaleza, intentaban llevar a las almas hacia la virtud y la antigua constitución. Hubo violencias y luchas entre unos y otros y por fin un convenio en que acordaron repartirse como cosa propia la tierra y las casas y seguirse ocupando de la guerra y de la vigilancia de aquellos que, protegidos y mantenidos antes por ellos en calidad de amigos libres, iban desde entonces a ser, esclavizados, sus colonos y siervos.

c —También yo creo —dijo— que es por ahí por donde empieza ese cambio.

—¿Y esa forma de gobierno —pregunté— no será un término medio entre la aristocracia y la oligarquía?

—En efecto.

IV. —Así se hará, pues, el cambio. Pero ¿cómo d será el régimen que le siga? ¿No es evidente que, por ser un término medio, imitará en algunas cosas al anterior sistema y en otras a la oligarquía, pero teniendo algo que le sea peculiar?<sup>26</sup>

<sup>25</sup> Imitación de Homero, *Il.* VI 211.

<sup>26</sup> Nos evitará muchas notas el resumir en una sola las características de este régimen timocrático que pueden aplicarse a la Esparta histórica. En ésta había periecos (pero también en Creta, Tesalia y Argos) y clases aún inferiores a la de éstos, equivalentes a los *oikétai* de Platón (ilotas en Esparta, *voikées* de Creta, *penéstai* de Tesalia, *gymnêtes* o *gymnésioi* de Argos). La clase dirigente abandonaba el campo y los oficios (Jenof. *Const. Lac.* VII 1-2); no hay institución más conocida que las *xyssítia* o comidas en común (también usuales en Creta); los espartanos aborre-

—Así es —dijo.

—En el respeto de los gobernantes y la aversión de la clase defensora de la ciudad hacia la agricultura, oficios manuales y negocios y en la organización de comidas colectivas y la práctica de la gimnástica y los ejercicios militares, ¿en todo esto imitará al régimen anterior?

—Sí.

—Y en lo de no atreverse a llevar sabios a las magistraturas por no poseer ya personas de esa clase que sean sencillas y firmes, sino más mezcladas en su carácter, e inclinarse hacia otros seres fogosos y más simples, más aptos para la guerra que para la paz<sup>27</sup>, y tener en gran aprecio los engaños y ardidés propios de aquélla y hallarse durante todo el tiempo en pie de guerra... ¿No serán peculiares del sistema muchos de los rasgos seme- 548  
jantes a éstos?

—Sí.

—Codiciadores de riquezas —dije yo— serán, pues, los tales, como los de las oligarquías, y adoradores feroces y cládestinos del oro y la plata, pues tendrán almacenes y tesoros privados en que mantengan ocultas las riquezas que hayan depositado en ellos y también viviendas muradas, verdaderos nidos particulares<sup>28</sup> en que

cían las actividades intelectuales (*Hipp. mai.* 285 c; Aristót. *Pol.* 1271 b 4 y sigs.); en Esparta se daban personalidades inteligentes, pero complicadas (Pausanias, Lisandro), al lado de otras fogosas, pero más simples (Brásidas, Calicrátidas); los lacedemonios guerreaban incesantemente (*Leg.* 686 b; Isócr. IV 125-128, V 51-52); la avaricia espartana era legendaria; la ciudad constituía el mayor depósito de oro y plata que pudiera hallarse en Grecia (*Alcib.* I 122 e), a pesar de que dichos metales estaban proscritos en aquel país (Jenof. *Const. Lac.* VII 6; Plut. *Vita Lyc.* IX 2; *Vita Lys.* XVII 6); las mujeres espartanas se entregaban a toda clase de licencias (Aristót. *Pol.* 1269 b 12 y sigs.); los lacedemonios amaban la música (Plut. *Vita Lyc.* XXI 1-7) y gustaban de acudir a audiciones (*Hipp. mai.* 285 d), trataban despóticamente a esclavos e ilotas, eran poco locuaces («lácónicos»), amigos de la gimnasia y la caza, etc.

<sup>27</sup> Como no se fían de sus *sophoi*, porque éstos no son sencillos, recurren a gentes más simples, pero más fogosas.

<sup>28</sup> La frase tiene un cierto sabor poético; pudiera proceder de alguna tragedia. Cuando un espartano se cansaba de la dura disciplina podía

b derrocharán mucho dinero gastándolo para las mujeres o para quien a ellos se les antoje.

—Muy cierto —dijo.

—Serán también ahorradores de su dinero, como quien lo venera y no lo posee abiertamente, y amigos de gastar lo ajeno para satisfacer sus pasiones; y se proporcionarán los placeres a hurtadillas, ocultándose de la ley como los niños de sus padres, y eso por haber sido educados no con la persuasión, sino con la fuerza, y por haber desatendido a la verdadera Musa, la que va unida c al discurso y a la filosofía, honrando en más alto grado a la gimnástica que a la música.

—Es ciertamente una mezcla de bien y mal —dijo— ese sistema de que hablas.

—Sí que es una mezcla —dije—. Pero hay en él un solo rasgo sumamente distintivo y debido a la preponderancia del elemento fogoso: la ambición y el ansia de honores.

—En gran manera —dijo.

—Tales serán, pues —dije yo—, el origen y carácter de este sistema político, del que con mis palabras he trazado un simple esbozo no completo en sus pormenores, porque basta este esbozo para darnos a conocer al hombre más justo y al más injusto y sería una tarea de inacabable duración la de recorrer, sin dejarse ni uno solo, todos los sistemas y todos los caracteres.

—Tienen razón —dijo.

V. —¿Cuál será, pues, el hombre correspondiente a ese sistema? ¿Cómo se formará y qué clase de persona será?

—Por mi parte —dijo Adimanto— creo que, por lo menos en punto a ambición, se parecerá bastante a nuestro Glaucón.

e —Quizá sea así —dije—. Pero a mí me parece que en los rasgos siguientes no se le puede comparar con él.

refugiarse en su secreto y fortificado nido doméstico, sede de toda lujuria e intemperancia. Probablemente hay aquí una velada alusión a amores homosexuales.

—¿En cuáles?

—Debe ser más obstinado —dije yo— y un poco más ajeno a las Musas, aunque sea amigo de ellas; y aficionado a escuchar, pero en modo alguno a hablar. Y 549 será el tal duro para los esclavos, en vez de despreciarlos a como quienes están suficientemente educados<sup>29</sup>; pero amable con los hombres libres. Muy obediente para con los gobernantes, y amigo de los cargos y honras<sup>30</sup>, aunque no base su aspiración al mando en su elocuencia ni en nada semejante, sino en sus hazañas guerreras y relacionadas con la guerra; y amante, en fin, de la gimnasia y la caza.

—En efecto —dijo—, tal es el carácter que responde a tal sistema.

—Y en cuanto a las riquezas —dije yo—, las despreciará mientras sea joven, pero ¿no las amaré tanto más b cuanto más viejo se vaya haciendo como quien posee un carácter partícipe de la avaricia y no puro en cuanto a virtud por hallarse privado del más excelente guardián?

—¿De quién? —dijo Adimanto.

—Del razonamiento combinado con la música —dije yo—, que es el único que, cuando se da en una persona, reside en ella durante toda su vida como conservador de la virtud.

—Dices bien —asintió.

—Así es —dije yo— el muchacho timocrático, semejante a la ciudad que es como él.

—Exacto.

—Y esa persona se forma —dije— poco más o menos c de este modo. A veces, siendo hijo todavía joven de un padre honesto que vive en una ciudad no bien regida y huye de las honras, cargos, procesos y todos los engorros semejantes y prefiere perder de su derecho antes que sufrir molestias...

<sup>29</sup> Los que no tienen derecho a sentirse superiores a sus domésticos son quienes con más dureza les tratan en un vano intento de hacer sentir a ellos mismos y a los demás su superioridad.

<sup>30</sup> Como el que pronuncia el discurso XXI de Lisias.

—Pero ¿cómo se forma? —dijo.

—Cuando, en primer lugar —dije yo—, oye a su madre que está disgustada porque su marido no forma parte de los gobernantes, por lo cual se encuentra rebajada ante las otras mujeres; y además ella ve que él no se ocupa activamente en negocios ni pelea con invectivas en los procesos privados ni en público, sino que se muestra indiferente para con todo ello; y, dándose cuenta<sup>31</sup> de que él no hace caso nunca sino de sí mismo y de que a ella ni la estima mucho ni tampoco deja de estimarla, se queja de todo esto y dice al hijo que su padre no es hombre y es excesivamente dejado y todo lo demás que, a este respecto, suelen repetir una y otra vez las mujeres.

—Ciertamente —dijo Adimanto— dicen muchas cosas y muy propias de ellas.

—Y ya sabes —dije yo— que frecuentemente son también aquellos criados de estas personas que pasan por ser adictos a ellas los que a escondidas les dicen a los hijos algo semejante; y, si ven que el padre no persigue a cualquiera que le deba dinero o le haya perjudicado en alguna otra cosa, entonces exhortan al hijo para que, una vez llegado a mayor, se vengue de todos éstos y sea más hombre que su padre. Y, al salir de su casa, oye y ve otras cosas parecidas: aquellos de entre los ciudadanos que sólo se ocupan de lo suyo son tenidos por necios y gozan de poca consideración, mientras son honrados y ensalzados quienes se ocupan de lo que no les incumbe. Entonces el joven, que por una parte oye y ve todo esto, pero por otra escucha también las palabras de su padre y ve de cerca su comportamiento y lo compara con el de los demás, se encuentra solicitado a un tiempo por estas dos fuerzas: su padre riega y desarrolla la par-

<sup>31</sup> Hay quien ha creído ver en este pasaje un recuerdo de escenas familiares en que Periclíone abrumaba con estos o parecidos reproches a Aristón, pero no tenemos derecho a admitirlo sin más; tal vez en Jantipa nos explicaríamos mejor estos femeniles desahogos. También se ha observado que «no es hombre y es excesivamente dejado» podría ser una cita de algún trágico.

te razonadora de su alma, y los otros, la apasionada y fogosa. Y, como en su naturaleza no es hombre perverso, sino que está influido por las malas compañías de los demás, al verse solicitado por estas dos fuerzas se pone en un término medio y entrega el gobierno de sí mismo a la parte intermedia, ambiciosa y fogosa, con lo cual se convierte en un hombre altanero y ansioso de honores.

—Perfectamente —dijo— me parece que has descrito la evolución de éste.

—Ya tenemos, pues —dije yo—, el segundo gobierno y el segundo hombre.

—Lo tenemos —dijo.

VI. —¿Y después de esto no hablaremos, como Esquilo, de «otro que está formado de cara a otra ciudad»<sup>32</sup> o, mejor dicho, no veremos ante todo la ciudad de acuerdo con nuestro plan?

—Ciertamente —dijo.

—El que sigue a aquel sistema es, según creo, la oligarquía<sup>33</sup>.

—Pero ¿a qué clase de constitución —dijo— llamas oligarquía?

—Al gobierno basado en el censo —dije yo—, en el cual mandan los ricos sin que el pobre tenga acceso al gobierno.

—Ya comprendo —dijo.

—¿Y no habrá que decir cómo se empieza a pasar de la timarquía a la oligarquía?

—Sí.

<sup>32</sup> La cita se inspira en *Sept.* 451 («háblame ahora de quién formó frente a otra puerta»).

<sup>33</sup> En Heródoto, III 81, *oligarchie* está usado en sentido estrictamente etimológico; pero el partido oligárquico defendía tenazmente desde el año 412 la necesidad de un censo (cf. Tucíd. VIII 65, 3; 97, 1; Jenof. *Hell.* II 3, 48) y por eso llama Platón oligarquía a lo que Sócrates llamaba plutocracia (Jenof. *Mem.* IV 6, 12). Aristóteles define a veces la oligarquía según Platón (*Pol.* 1280 a 7 y sigs.), pero otras veces da a la palabra un sentido más amplio (1317 b 38 y sigs., pasaje discutido).



—Pues bien —dije yo—, hasta para un ciego está claro cómo se hace el cambio.

—¿Cómo?

—Aquel almacén —dije yo— que tenía cada cual lleno de riquezas<sup>34</sup>, ése es el que pierde al tal gobierno, porque comienzan por inventarse nuevos modos de gastar dinero y para ello violentan las leyes y las desobedecen tanto ellos como sus mujeres.

—Natural —dijo.

—Luego cada cual empieza, me imagino yo, a contemplar a su vecino y a quererle emular y así hacen que la mayoría se asemeje a ellos.

—Es natural.

—Y a partir de entonces —dije yo— avanzan cada vez más por el camino de la riqueza y, cuanto mayor sea la estima en que tienen a ésta, tanto menor será su aprecio de la virtud. ¿O no difiere la virtud de la riqueza tanto como si, puestas una y otra en los platillos de una balanza, se movieran siempre en contrarias direcciones?<sup>35</sup>

—En efecto —dijo.

551 —De modo que cuando en una ciudad son honrados  
a la riqueza y los ricos, se aprecia menos a la virtud y a los virtuosos.

—Evidente.

—Ahora bien, se practica siempre lo que es apreciado y se descuida lo que es menospreciado.

—Tal sucede.

—Y así aquellas personas ambiciosas y amigas de honores pasan por fin a ser amantes del negocio y la riqueza; y al rico le alaban y admiran y le llevan a los cargos, mientras al pobre le desprecian.

—Completamente.

b —Y entonces establecen una ley, verdadero mojón de la política oligárquica, en que determinan una cantidad

<sup>34</sup> 548 a. Cf. el oráculo citado por Aristót. fr. 544 R.: «el amor de las riquezas y no otra cosa perderá a Esparta».

<sup>35</sup> Si el platillo de la virtud cae, el de la riqueza se levanta y viceversa. Cf. Hom. II. XXII 209 y sigs.

de dinero, mayor donde la oligarquía es más fuerte y menor donde es más débil, y prohíben que tenga acceso a los cargos aquel cuya fortuna no llegue al censo fijado; y esto lo logran o por la fuerza y con las armas o bien, sin llegar a tanto, imponiendo por medio de la intimidación ese sistema político<sup>36</sup>. ¿No es así?

—Así ciertamente.

—He aquí el modo en que por lo regular se instaura.

—Sí —dijo—. Pero ¿cuál es el carácter de ese sistema? ¿Y cuáles son los defectos que le atribuíamos?<sup>37</sup>

VII. —Ante todo —dije— la propia naturaleza de su marca distintiva. Considera, en efecto: si a los pilotos de las naves se les eligiera del mismo modo, conforme a censo, y al pobre, aunque fuese mejor piloto, no se le confiara...

—¡Mala sería —dijo— la navegación que llevasen!

—¿Y no ocurre también lo mismo con el mando de cualquier otra cosa?

—Creo que sí.

—¿Excepto con el de la ciudad? —pregunté—. ¿O también con el de la ciudad?

—Mucho más que con ninguno —dijo—, porque es un mando sumamente importante y difícil.

—Pues bien, he aquí un primer defecto capital que puede atribuirse a la oligarquía.

—Tal parece.

—¿Y qué? ¿Acaso es este otro menor que aquél?

—¿Cuál?

—El de que una tal ciudad tenga necesariamente que ser no una sola, sino dos, una de los pobres y otra de los ricos, que conviven en un mismo lugar y conspiran incesantemente la una contra la otra.

—No es nada menor, ¡por Zeus! —exclamó.

—Pues tampoco es precisamente una ventaja el ser

<sup>36</sup> Recuérdense los acontecimientos atenienses del 411 y 404. Sin embargo, en Platón la revolución se dirige contra un gobierno timárquico, no democrático.

<sup>37</sup> 544 c.

tal vez incapaces de hacer una guerra por verse reducidos, o a servirse de la plebe armada y temerla entonces más que a los enemigos<sup>38</sup>, o bien a no servirse de ella, caso en el cual se verá en la batalla misma que merecen bien su nombre de oligarcas<sup>39</sup>; aparte de que, por ser amantes del dinero, no estarán dispuestos a contribuir con él<sup>40</sup>.

—No, no es ninguna ventaja.

—¿Y qué? Aquello que hace rato censurábamos, lo de que en una tal ciudad se ocupen las mismas personas de muchas cosas distintas, como la labranza, por ejemplo, y los negocios y la guerra, ¿acaso te parece que eso está bien?

—En modo alguno.

—Pues considera si el siguiente no es el mayor de todos esos males y el que este régimen es el primero en sufrir.

—¿Cuál?

—El de que sea lícito al uno vender todo lo suyo y al otro comprárselo<sup>41</sup> y el que lo haya vendido pueda vivir en la ciudad sin pertenecer a ninguna de sus clases ni ser negociante ni artesano ni caballero ni hoplita, sino pobre y mendigo por todo título.

—Sí que es el primero —dijo.

—En efecto, en las ciudades regidas oligárquicamente no hay nada que lo impida. Pues en otro caso no serían los unos demasíadamente ricos y los otros completamente pobres.

—Justo.

—Ahora mira lo siguiente: cuando, siendo rico, dilapidaba el tal su fortuna, ¿acaso le resultaba entonces

<sup>38</sup> Cf. Tucíd. III 27 y sigs. sobre los sucesos de Mitilene.

<sup>39</sup> Juego de palabras con «oligarcas» y «pocos».

<sup>40</sup> Cf. Teofr. *Char.* XXVI 6, donde se lamenta el oligarca: «¿Cuándo dejaremos de vernos oprimidos por las prestaciones y trierarquías?»

<sup>41</sup> Parece que Licurgo prohibía la enajenación de una determinada parte del *kléros* o patrimonio llamada la *archaia moira*. Si es así tiene razón Platón: el gobierno oligárquico es el primero que permite disponer libremente de todos los bienes; cf. *Leg.* 744 d-e.

algo más útil a la ciudad con respecto a lo que ahora decíamos? ¿O tal vez, aunque pareciera ser de los gobernantes, no era en realidad ni gobernante ni servidor de la ciudad, sino solamente un derrochador de su hacienda?

—Así es —dijo—. Parecía otra cosa, pero no era más que un derrochador.

—¿Quieres, pues —dije yo—, que digamos de él que, del mismo modo que nace en su celdilla el zángano, azote del enjambre, igualmente nace ése en su casa como otro zángano, azote de la ciudad?<sup>42</sup>

—Ciertamente, ¡oh, Sócrates! —dijo.

—¿Y no será, Adimanto, que, mientras la divinidad ha hecho nacer sin aguijón a todos los zánganos alados, en cambio entre esos pedestres los hay que no lo tienen, pero hay otros que están dotados de aguijones terribles? ¿Y que de los carentes de aguijón salen quienes a la vejez terminan siendo mendigos, y de los provistos de él, todos aquellos a los que se llama malhechores?

—Muy cierto —dijo.

—Es evidente, pues —dije yo—, que, en una ciudad donde veas mendigos, en ese mismo lugar estarán sin duda ocultos otros ladrones, cortabolsas, saqueadores de templos y artífices de todos los males semejantes<sup>43</sup>.

—Evidente —dijo.

—¿Y qué? ¿No ves mendigos en las ciudades regidas oligárquicamente?

—Casi todos lo son —dijo— excepto los gobernantes<sup>44</sup>.

—¿No pensaremos, pues —dije yo—, que también hay en ellas muchos malhechores dotados de aguijones a quienes el gobierno se preocupa de contener por la fuerza?

<sup>42</sup> Imagen frecuente tanto en la literatura griega, a partir de Hes. *Op.* 303-306, como en las modernas; Adam cita a Shakespeare, *Pericles, Prince of Tyre*, II 1, 51-52, 303-306: *We would purge the land of the drones that rob the bee of her honey.*

<sup>43</sup> Cf. Isócr. VII 83.

<sup>44</sup> Cf. Solón fr. 36 W., ap. Arist. *Const. Ath.* XII 4.

—Así lo pensamos —dijo.

—¿Y no diremos que es por ignorancia y mala educación y mala organización política por lo que se da allí esa clase de gentes?

—Lo diremos.

—Tal será, pues, la ciudad regida oligárquicamente y tantos, o quizá más todavía, los vicios que contiene.

—Quizá —dijo.

553 —Dejemos, pues, completamente descrito también <sup>a</sup> este sistema —dije yo— que es llamado oligarquía y tiene aquellos gobernantes que determine el censo. Y después de esto, examinemos al hombre semejante a ella: veamos cómo nace y cómo es una vez nacido.

—Ciertamente —dijo.

VIII. —¿Acaso no es sobre todo del modo siguiente como se cambia en oligárquico aquel hombre timocrático?

—¿Cómo?

—Cuando el hijo nacido de un timócrata <sup>45</sup> imita en un principio a su padre y sigue las huellas de aquél; <sup>b</sup> pero luego le ve chocar súbitamente contra la ciudad, como contra un escollo <sup>46</sup>, y zozobrar en su persona y sus bienes cuando, por ejemplo, después de haber sido estratega o haber ocupado algún otro importante cargo, tuvo que comparecer ante un tribunal y, perjudicado por los sicofantas, fue ejecutado o desterrado o sometido a interdicción y perdió toda su fortuna.

—Es natural —dijo.

—Y, cuando el hijo ha visto y sufrido todo esto, ¡oh, querido amigo!, y al encontrarse privado de su patrimonio, se echa a temblar, me figuro yo, y en seguida arroja <sup>c</sup> cabeza abajo, del trono que ocupaban en su alma, a aquella ambición y fogosidad de antes; y, humillado por la pobreza, se dedica a los negocios y, a fuerza de trabajo

<sup>45</sup> Se piensa en la generación de oligarcas que sucedió a Cimón, político más bien timocrático que oligárquico.

<sup>46</sup> La misma imagen en Esquilo, *Agam.* 1006 y *Eum.* 563-565.

y de pequeños y mezquinos ahorros, se hace con dinero. Pues bien, ¿no crees que el tal instalará entonces en el trono aquel al elemento codicioso y amante de la riqueza, de quien hará un gran rey de su alma revestido de tiara, collar y cimitarra?

—Ciertamente —dijo.

—En cuanto al elemento razonador y al fogoso, creo yo que les hará sentarse en tierra y permanecer, uno a <sup>d</sup> cada lado, a los pies de aquél <sup>47</sup>; y los mantendrá esclavizados, pues al uno no le dejará pensar ni examinar nada más sino la manera de que el poco dinero se convierta en mucho y el otro no podrá tampoco admirar ni estimar nada más que la riqueza y los ricos ni poner su amor propio en ninguna otra cosa sino en la adquisición de bienes o en todo aquello que conduzca a este fin.

—No hay nada —dijo— que tan rápida y seguramente pueda cambiar a un joven de ambicioso en codicioso.

—¿Y éste no es acaso el hombre oligárquico? —dije <sup>e</sup> yo.

—Por lo menos el cambio se produce a partir de un hombre semejante al sistema de que nació la oligarquía.

—Examinemos, pues, si es igual a ella.

—Examinémoslo.

IX. —Ante todo, ¿no se le parece por el gran aprecio en que tiene a las riquezas?

—¿Cómo no?

—Y también por ser hombre ahorrador e industrioso, que se limita a satisfacer en su persona los deseos más necesarios, pero no se permite ningún otro dispendio, sino que mantiene sometidos, por ociosos, a los demás apetitos.

—Exactamente.

—Porque es un hombre sórdido —dije yo— que en

<sup>47</sup> Platón nos presenta un pintoresco cuadro: el elemento codicioso y avaro está sentado en el trono y revestido con los atributos de un monarca oriental; a sus pies permanecen servilmente acurrucados los otros dos elementos del alma.

b todo busca la ganancia; un amontonador de tesoros de aquellos a los que, por cierto, ensalza el vulgo. ¿No será así el hombre semejante a un tal sistema?

—Por mi parte —dijo— así lo creo; en todo caso, no hay nada más precioso que las riquezas ni para esa ciudad ni tampoco para esa clase de hombre.

—Es que, según creo —dije yo—, el tal no ha atendido jamás a educarse.

—Me parece que no —dijo—, pues en otro caso no habría elegido a un ciego<sup>48</sup> como director de su coro y objeto de su mayor estima.

c —Bien —dije—. Ahora considera lo siguiente. ¿No diremos que, por falta de educación, hay en él apetitos zanganiles, propios los unos de un mendigo, los otros de un malhechor, y que a todos ellos los contiene por la fuerza su interés dirigido hacia otras cosas?

—Efectivamente —dijo.

—¿Sabes, pues —dije—, adónde has de mirar para ver sus malas tendencias?

—¿Adónde? —dijo.

—A las tutorías de los huérfanos o a cualquier otra cosa semejante en que les acontezca el gozar de gran libertad para ser malos.

—Cierto.

d —¿Y acaso no resulta con ello evidente que lo que hace el tal en los demás negocios, en los que goza de buena reputación por su apariencia de hombre justo, es contener, por una especie de prudente violencia con que se domina a sí mismo, otras malas pasiones que hay en él, a las cuales no las convence de que ello no está bien ni las amansa con razones, sino que las reprime por la fuerza y gracias al temor que le hace temblar por el resto de su fortuna?

—Ciertamente —dijo.

—Ahora bien, mi querido amigo —dije yo—, será,

<sup>48</sup> Se refiere a Pluto, dios de la riqueza. Cf. Timocreonte, fr. 5 P., *ap. sch. Aristóf. Ach.* 532: «¡Ojalá, oh, ciego Pluto, no aparecieras en la tierra ni en el mar, sino habitaras el Tártaro y el Aqueronte!»

¡por Zeus!, siempre que se trate de gastar lo ajeno cuando descubras que en la mayoría de ellos existen esos apetitos propios del zángano.

—Así es —dijo—, indudablemente.

—No dejará, pues, de haber disensiones en la propia alma de un tal hombre; y, no habiendo ya unidad en ella, sino dualidad, prevalecerán por regla general los mejores deseos contra los peores.

—Así es.

—Y por eso es, creo yo, por lo que el tal presentará una apariencia más decorosa que muchos otros; pero habrá volado muy lejos de él la genuina virtud de un alma concertada y armónica.

—Tal me parece.

—Y será, por su tacañería, un competidor de poco cuidado para los particulares que en la ciudad se disputen alguna victoria o cualquier otra distinción honrosa, porque no querrá gastar dinero para conseguir gloria en esa clase de certámenes, ya que no se atreve a despertar los apetitos pródigos ni a pedirles que le ayuden como aliados en su lucha; combate, pues, solamente con una parte de sus fuerzas, a la manera oligárquica, y así es derrotado las más de las veces, pero sigue siendo rico.

—Efectivamente —dijo.

—¿Dudamos, pues, todavía —dije yo— de que, en cuanto a similitud, a ese avariento negociante hay que situarlo frente a la ciudad regida oligárquicamente?

—De ninguna manera —dijo.

X. —Es la democracia, según parece, lo que hemos de examinar a continuación: veamos de qué modo nace y qué carácter tiene una vez nacida para que, habiendo conocido el modo de ser del hombre semejante a ella, lo pongamos en línea para ser juzgado.

—Así seguiríamos —dijo— por el mismo camino que siempre.

—Pues bien —dije yo—, ¿no es de la manera siguiente como se produce el cambio de la oligarquía a la demo-

cracia por causa de la insaciabilidad con que se proponen, como un bien, el hacerse cada cual lo más rico posible?

—¿De qué modo?

c —Como los gobernantes de esta ciudad lo son, creo yo, por el hecho de poseer grandes riquezas, por eso no están dispuestos a reprimir a aquellos de los jóvenes que se hagan disolutos con una ley que les prohíba gastar y dilapidar su hacienda; y así, comprando los bienes de tales personas y prestándoles mediante garantía, se hacen aún más opulentos e influyentes.

—Nada más cierto.

d —Pero ¿no es ya evidente en una ciudad que les es imposible a los ciudadanos el estimar el dinero y adquirir al mismo tiempo una suficiente templanza, sino que es forzoso que desatiendan una cosa u otra?

—Es bastante evidente —dijo.

—Se inhíben, pues, en las oligarquías, toleran la licencia y así obligan frecuentemente a personas no innobles a convertirse en mendigos.

—Ciertamente.

e —Andan, pues, ociosos por la ciudad, según yo creo, estos hombres provistos de aguijón y bien armados, de los que unos deben dinero, otros han perdido sus derechos, y algunos, las dos cosas. Y así odian a los que han adquirido sus bienes y a los demás, conspiran tanto contra unos como contra otros y ansían vivamente un cambio<sup>49</sup>.

—Así es.

—En cambio, los negociantes van con la cabeza baja, fingiendo no verles; hieren, hincándoles el aguijón de su dinero, a cualquiera de los otros que se ponga a su alcance, se llevan multiplicados los intereses, hijos de su

<sup>49</sup> Se ha creído ver un antecedente de esta descripción en la conspiración espartana de Cinadón (Jenof. *Hell.* III 3, 4-11). Pero nada más parecido a ella que la conspiración de Catilina —han hecho notar varios comentaristas—, lo cual demuestra que los fenómenos descritos por Platón pueden ocurrir, y de hecho ocurren, en cualquier momento de la historia.

capital, y con todo ello crean en la ciudad una multitud 556 de zánganos y pordioseros.

—¿Cómo no van a ser multitud? —dijo.

a —Y el fuego ardiente de ese mal —dije yo— no quieren apagarlo ni por aquel procedimiento, esto es, impidiendo que cada cual haga de lo suyo lo que se le antoje, ni por este otro con el que se resolvería tal situación por medio de otra ley.

—¿Por medio de cuál?

b —De una que sería la mejor después de aquella y que obligaría a los ciudadanos a preocuparse de la virtud. Porque, si se prescribiese que fuera a cuenta y riesgo suyo como tuviese uno que hacer la mayor parte de las transacciones voluntarias<sup>50</sup>, ni se enriquecerían de manera tan desvergonzada los de la ciudad ni abundarían de tal modo en ella los males semejantes a cuantos hace poco describíamos.

—Muy cierto —dijo.

c —Pero, tal como están las cosas —dije yo—, queda expuesto el estado en que, por todas esas razones, mantienen a sus súbditos los gobernantes de la ciudad. Y, en cuanto a ellos y a los suyos, ¿no hacen lujuriosos a los jóvenes e incapaces de trabajar con el cuerpo ni con el alma y perezosos y demasiado blandos para resistir el placer o soportar el dolor?

—¿Cómo no?

d —¿Y los padres se desentienden de todo lo que no sea el negocio y no se preocupan de la virtud más que los pobres?

—No, en efecto.

e —Pues bien, siendo esta su disposición, cuando gobernantes y gobernados coincidan unos con otros en un viaje por tierra o en alguna otra ocasión de encuentro, por ejemplo, en una teoría o expedición en que naveguen y guerreen juntos; o cuando, al contemplarse mutuamente en un momento de peligro, no sean en modo alguno despreciados los pobres por los ricos, sino que muchas

<sup>50</sup> Cf. *Leg.* 742 c, 849 e, 915 e.